

Pero el viento del Norte
¡qué beso pondría en mi faz,
si los rostros que amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice:
¿Qué vas a buscar,
si en la tierra no espera la dicha?
¡No sé contestar!

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz!

SERENIDAD

Y después de tener perdida
lo mismo que un pomar la vida,
—hecho ceniza, sin cuajar,—
me han dado esta montaña mágica,
y un río y unas tardes trágicas
como Cristos, con qué sangrar.

Los niños cubren mis rodillas;
mirádoles a las mejillas
ahora no rompo a sollozar,
que en mi sueño más deleitoso
yo doy el pecho a un hijo hermoso
sin dudar...

Estoy como el que fuera dueño
de toda tierra y todo ensueño
y toda miel;
¡y en estas dos manos mendigas
no me oprimido ni las amigas
sienes de él!

De sol a sol voy por las rutas,
y en el regazo olor a frutas
se me acomoda el recental:
tanto trascienden mis abiertas
entrañas a grutas, y a huertas,
y a cuenco tibio de panal!

Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el agua niña:
¡todo el azul, todo el candor!
Porque en sus hierbas me apaciento
mi Dios me guarda de sus vientos
como a los linos en la flor.

Vendrá la nieve cualquier día;
me entregaré a su joya fría,
(fuera otra cosa rebelión).
Y en un silencio de amor sumo,
oprimiendo su duro grumo
me irá vaciando el corazón!

PALABRAS SERENAS

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con miel.

Abren violetas divinas, y el viento
desprende al valle un aliento de miel.

Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.
La sed es larga, la cuesta es aviesa;
pero en un lirio se enreda el mirar.

Grávidos van nuestros ojos de llanto
y un arroyuelo nos hace sonreír;

por una alondra que erige su canto
nos olvidamos que es duro morir.

No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabóse el hervir.
Aun me apacienta el mirar de mi madre.
¡Siento que Dios me va haciendo dormir!

(Del tomo *Desolación*,
Santiago de Chile, 1923).

Miércoles de Ceniza

Te signa el bueno y grave de mi señor el Cura
con el polvo añorante de la tierra florida,
enorme madre pródiga que todo lo depura,
que una vida cercena para dar otra vida.

Traza sobre tu blanca frente la cruz oscura
con temblores seniles que evocan la partida,
y su mano es cual una mariposa en la pura
corola delicada de tu faz encendida.

¿Te rebelas? Advierte que tu belleza es humo,
que nuestra vida es sólo un efímero grumo
y nuestra carne frágil es un préstamo apenas.

No pienses en tus formas; paga lo que debemos,
pues si de esas entrañas salimos a esas buenas
entrañas tornaremos...

EDMUNDO VELÁSQUEZ.

San José, Costa Rica.

Peligro en tocar las lámparas eléctricas...

(Viene de la página 376).

se refieren respectivamente a las medidas hechas con orina fresca, una solución de jabón de potasa, lechada de cal, una solución de sal de cocina, vino, una solución de jabón de sosa, agua ordinaria, agua destilada y alcohol de 90°.

Se ve que para la orina fresca, el valor inicial de la tensión es el más elevado (76 v.), y este hecho merece llamar la atención, pues el sudor que las manos depositan en las ampollas eléctricas, tiene una composición parecida a la de la orina. Observemos también el rápido ascenso de la curva de la lechada de cal (nº 3). La tensión observada es ya de 132 v. a 40 milímetros del casquillo.

Estas medidas se han repetido en distintas condiciones, y han conducido siempre a los mismos resultados generales: a saber, que ciertos líquidos presentan todavía a notables distancias del casquillo, y aunque se hallen extendidos en capas muy finas, tensiones relativamente elevadas, y hacen peligroso el tocar la ampolla.

Naturalmente, estos líquidos ha-

bían suministrado, después de evaporación, tensiones mucho menos elevadas. Por otra parte, se han observado en este caso las desviaciones progresivamente decrecientes del voltmetro, que llegaban a ser prácticamente nulas cuando la evaporación era completa. Pero tan luego como el vapor de agua se ponía en contacto con la ampolla, la tensión ascendía, y el aliento era bastante para hacerla subir unos treinta volts. El peligro subsiste, pues, en parte, aun cuando las materias esparcidas sobre el vidrio de la lámpara estén secas.

(Ibérica, Tortosa).

